

Presentación por edades de la esperanza en la vida eterna

M^a Eugenia Gómez Sierra

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Educar para la esperanza en una cultura marcada por la crisis antropológica supone partir de un modelo de hombre como peregrino, en camino, que solo ve el sentido total de su vida cuando mira desde lo alto. Entendiendo la vida como proceso y como proyecto, es preciso presentar las verdades últimas a la luz del proyecto amoroso de Dios con los hombres y con la creación. Desde esta perspectiva se adaptan pedagógicamente a cada edad las categorías y los contenidos escatológicos para ofrecer la esperanza en la vida eterna.

PALABRAS CLAVE Esperanza, proceso, edades, vida eterna.

SUMMARY *Today's culture is marked by an anthropological crisis that conditions education for Christian Hope. Mankind now has to be especially viewed from a pilgrim standpoint, people always on the move, and whose full meaning of life can only be seen by a lookout Point from above. Life is to be perceived as a process, a project whose ultimate truth may only be grasped by seeing it based in God's love for all peoples and for His creation. In order to present this reality of Christian Hope in Eternal Life its categories and eschatological content have to be seen from this viewpoint and adapted pedagogically to the different age groups.*

KEYWORDS *Hope, Process, Different age groups, Eternal Life.*

La cultura volátil hace que muchos de los ciudadanos del mundo vivan hoy poniendo la seguridad en realidades concretas que muestran en sí su propia caducidad. El “falso ateísmo”, expresado en una actitud cotidiana que alardea de prescindir de Dios, obliga al hombre actual a sentirse tranquilo en sus límites, sin abrirse a la esperanza. Parece ser una necesidad de hoy vivir

un horizonte de sentido inmanente¹, en el que no cabe, casi por real decreto, la apertura a un estilo de vida creyente.

Esta es la realidad que respiran nuestros jóvenes y niños, entre los que se hace laborioso educar en la esperanza. La dificultad en la misión, en algunas ocasiones, ha llevado a la deserción en la tarea, privando a nuestras catequesis, o a nuestras escuelas, de la fundamentación de esta dimensión última de la vida.

En el origen de nuestra existencia hay siempre algo trascendente que nos supera, un proyecto de amor divino². El amor nos precede³ y nos envuelve en su llama. Nos invita a hacer partícipes a los demás de nuestros bienes⁴, también de los eternos. La Verdad, arropada en la esperanza, empuja al hombre a mostrar lo que cree y ha recibido. “Hablad y obrad –dice el Apóstol– tal como corresponde a los que han de ser juzgados por la ley de la libertad” (St 2,12). Por tanto, no puede faltar en nuestra comunicación algo tan importante para formar en la fe: “la fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (Hb 11,1-2).

La Buena Noticia no puede acabar con la muerte. Este mensaje invita a ser comunicado, llenando de esperanza cualquier tarea educativa que podamos realizar. La vida del Reino supera la seguridad de cualquier materialismo que, tarde o temprano, conduce al hombre a la renuncia de los grandes ideales y le encierra en el propio egoísmo⁵, convirtiéndole en un monstruo que se auto-devora.

Educar para la esperanza conlleva penetrar el corazón del hombre que recibe el mensaje y entenderlo en lo más profundo de sus entrañas. Sólo conociendo y aceptando el drama de soledad e insatisfacción que viven los jóvenes, podremos enseñarles a fundir sus “esperanzas” en la gran “Esperanza”.

1 J. BUSTAMANTE DONAS, *Sociedad informatizada, ¿sociedad deshumanizada? Hacia una hermenéutica de la tecnología como instrumento y metáfora en la era del computador* (Madrid 1993) 126.

2 Cf. BENEDICTO XVI, Discurso Jornada Mundial de la Juventud en Madrid (20 de agosto de 2011).

3 Cf. J. MIRAS, *Fidelidad a Dios* (Madrid 2012) 17.

4 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización* (3 de diciembre 2007) 7: “La actividad por medio de la cual el hombre comunica a otros eventos y verdades significativas desde el punto de vista religioso, favoreciendo su recepción, no solamente está en profunda sintonía con la naturaleza del proceso humano del diálogo, de anuncio y aprendizaje, sino que también responde a otra importante realidad antropológica: es propio del hombre el deseo de hacer que los demás participen de los propios bienes. Acoger la Buena Nueva en la fe empuja de por sí a esa comunicación. La Verdad que salva la vida enciende el corazón de quien la recibe con un amor al prójimo que mueve la libertad a comunicar lo que se ha recibido gratuitamente”.

5 Cf. J. I. MUNILLA, *Creo pero aumenta mi fe* (Madrid 2012) 96.

Vivir profesando, como afirma el viejo profesor⁶, obrar y hablar para ser creíbles ante las personas que se interpelan y buscan respuestas a las inquietudes profundas de sus vidas. La tarea es bella, tanto más cuanto más difícil se presenta; se trata de facilitar un acompañamiento fiable⁷ de los más jóvenes, para que desde la libertad se decidan a responder a la llamada de Jesucristo.

I. EN UN HORIZONTE PLANO

Crear es a la vez un “acto arriesgado” y un “bello riesgo”⁸, que el hombre del siglo XXI no siempre está dispuesto a correr. La historia de la humanidad nos tenía acostumbrados a una larga e ininterrumpida experiencia creyente, que fue bruscamente alterada por la sospecha suscitada en el siglo XIX por algunos filósofos que dieron luz verde a la increencia.

El paso del tiempo va haciendo desaparecer a Dios del horizonte sin que a casi nadie le suponga una preocupación⁹. La visión del mundo se hace plana y cualquier esperanza se limita a algo cercano e intrascendente. En la actualidad, ni la vida presente ni la eterna gozan de un referente trascendente. “Aquella forma de vida en la que Dios no está presente como luz que alumbra la existencia, no da razón del origen de la realidad y del sentido de la historia, no funda el hecho mismo de existir, ni la vida personal del hombre”¹⁰, oculta sin saberlo, los deseos de plenitud.

El falso progreso¹¹, centrado en el poder o la posesión, se convierte en un arma de gran alcance capaz de romper las relaciones entre los hombres, el sentido comunitario y la perspectiva de futuro. La pregunta “¿soy yo acaso el guarda de mi hermano?” (Gn 3,9) denuncia el fuerte individualismo existente.

6 Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Carta a un profesor amigo* (Madrid 1977) 22.

7 Cf. J. M. DOMÍNGUEZ PRIETO, *El profesor cristiano: Identidad y misión* (Madrid 2012) 105-119.

8 Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *El problema de ser cristiano* (Barcelona 1997) 20.

9 G. LIPOVESTKY, *La era del vacío* (Barcelona 1986) 36: “Dios ha muerto (...) pero a nadie le importa un bledo”.

10 GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La gloria del hombre* (Madrid 1985) 124.

11 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. COMISIÓN EPISCOPAL DE DOCTRINA DE LA FE, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995) 5-6.

El Adán frustrado, rodeado de toda la creación, cruje ante nosotros haciéndonos ver que no existe relación entre posesión de cosas (progreso) y felicidad.

El hombre en búsqueda de la felicidad perpetua necesita un igual que le ayude a madurar –“esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2,23)–, pues sólo desde la cooperación entre las personas es posible la esperanza en el futuro.

El individualismo a ultranza impide hablar de educación como alianza¹² esperanzada, donde la relación educativa introduce al otro en la realidad espiritual.

El cansancio de la civilización¹³, la fugacidad y fragilidad de las cosas ha convertido al “otro” en un peligro, un extraño desconocido que ensombrece la seguridad de la estructura personal en la que cada uno se mueve¹⁴.

El mundo no es un referente teológico, sino un lugar de miedos al estilo de los viejos cuentos infantiles. Ya no hay certezas que puedan ni deban transmitirse ni para el presente ni para el futuro. El hombre aparece encadenado por su libertad performante. Las instituciones tradicionales –familia, Iglesia, escuela– poseedoras de la verdad no sirven de ancla sólida para la persona.

Una crisis del hombre que destaca la absolutización del individuo en forma de narcisismo, autocentramiento, hedonismo o preocupación psicológica del propio yo, convertido en un manantial insaciable de deseos que le dejan vacío. Lo que interesa es la búsqueda del placer fácil, el éxito rápido, el enriquecimiento inmediato; todo se reduce al presente satisfactorio eclipsando el horizonte de futuro.

Lógicamente se provoca una distorsión de la libertad que acaba siendo una carga. La libertad entendida como posibilidad de hacer lo que cada uno quiere; “desentendiéndose de”, en vez de, “comprometiéndose con”¹⁵ y desvinculándose siempre de cualquier sentido de la acción salvífica de Dios.

12 J. GRANADOS – J. A. GRANADOS, *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir* (Burgos 2009) 27.

13 J. A. AGEJAS, *La ruta del encuentro. Una propuesta de formación integral en la universidad* (Madrid 2013) 35-66.

14 Cf. Z. BAUMAN, *Ética postmoderna* (Argentina 2004) 171.

15 Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a los educadores católicos en la Universidad Católica de América, Washington, D.C.* (17 de abril de 2008). Cf. R. BUTIGLIONE, “Sin límites no hay libertad” en: *L'Osservatore romano* (ed. española, 7 de marzo de 2010): “La sociedad permisiva ofrece al joven numerosas modalidades de satisfacción inmediata del instinto, pero precisamente de este modo hace más difícil la formación de una personalidad libre, capaz de establecer su propia relación con la verdad y de hacer de esa relación la guía de la propia construcción social. El hombre que pide sólo satisfacción inmediata a sus pul-

La cultura de increencia rompe la libertad humana nublando la presencia de Dios, eliminado cualquier cosa que le sobrepase y poniendo como criterio último de juicio el “yo” y la satisfacción de los propios deseos inmediatos.

El hombre moderno se conforma con reducir el conocimiento a lo empírico, a lo palpable y demostrable, porque considera al hombre incapaz de relación con la realidad en un sentido trascendente.

Es necesario recuperar una razón ampliada, que abra al hombre a la totalidad de lo real sin reduccionismos. El ser humano es sujeto de asombro, capaz de levantar acta de la realidad que le rodea porque, además de conocer la realidad desde la intelectualidad, establece con ella una relación de sentido¹⁶.

II. CON UNA REFERENCIA ANTROPOLÓGICA

Hablar de las realidades últimas presupone tener conciencia de un modelo de hombre no siempre evidente para nuestros niños o jóvenes afectados por la postmodernidad¹⁷. Entre ellos, está presente el modelo de *homo ludens*, dispuesto a pasarlo bien; *homo faber*, preocupado siempre de la producción; *homo posidens*, lo esencial es tener; *homo videns*, dispuesto a contemplar la vida; pero no siempre un hombre necesitado de salvación.

Cuando entre los jóvenes se habla de *acción salvífica de Dios* se siente un cierto desconcierto que pone en evidencia la contradicción entre el deseo de felicidad, siempre presente en la estructura personal¹⁸, y la necesidad de ser salvado que brota de su indigencia, no siempre tan consciente. La adversidad social hace, a veces preguntarse, de qué salva Dios, e incluso no sentir con fuerza la necesidad de su acción salvífica.

siones se entrega inevitablemente a quien puede darle esa satisfacción, y resulta infinitamente manipulable. El hombre pertenece a quien puede darle *panem et circenses*”.

16 AGEJAS, *La ruta del encuentro*, 129-130.

17 “La sociedad postmoderna habla de la vida humana como una *narración* en la que cada uno escribe su propia biografía a golpe de libertad (...) La vida humana no está hecha sino que está *por hacer*, es un ‘quehacer’, una tarea para cada uno. Nuestro destino está en nuestras manos, labramos el futuro con el presente de nuestro obrar” (Cf. J. M. BARRIO MAESTRE, *Elementos de antropología pedagógica* [Madrid 2010] 301).

18 Cf. K. WOJTYŁA, *Persona y acción* (Madrid 2011) 258.

Esta evidencia nos obliga a plantearnos como primera realidad al hablar de escatología la tarea de mostrar al hombre como *imago Dei*, manifestando toda la realidad que esto abarca. Un hombre pensado y querido por Dios desde el principio en su plan de acción salvadora. Un hombre vocacionado, en proceso de crecimiento hacia la plenitud, abierto, comunicativo, orientado hacia un fin, vinculado por su creación a la dimensión trinitaria de Dios; invitado, en definitiva, a descubrir su capacidad para el encuentro.

Un hombre peregrino¹⁹, en camino, con capacidad para ver el sentido total de la vida sólo cuando mira desde lo alto. Una persona co-autora de su biografía, en tanto en cuanto hay algo no decidido por él. La vocación a la existencia es una *llamada* al ser, en la que no interviene la propia libertad. Un vez en la existencia, sí es la libertad personal la que decide vivir prácticamente como hombre autónomo, o bien, entenderse como respuesta a un don que ha de agradecer al Creador, abriéndose voluntariamente a la salvación²⁰.

1. EL HOMBRE EN PROCESO

Edith Stein afirma que en la naturaleza individual de cada joven existe una ley de formación²¹. Es cierto que en el interior de la persona está incoada una fuerza que va poniendo en acto su ser con un sentido. El hombre *es* sólo por Dios y es *lo que* es por Él: es espíritu, dotado de la luz de la razón, de la imagen del logos divino. Es precisamente ese espíritu el que le permite conocer y amar, sintiéndose atraído por la bondad de Dios para conformar con Él su voluntad y caminar a la gloria²².

Sin embargo, el reconocimiento de la vida como una unidad, que comienza con el nacimiento y no termina nunca, ni siquiera con la muerte, resulta un enigma en las primeras etapas de la vida. De ahí que introducir al niño en

19 Cf. F. TORRALBA, *Inteligencia espiritual* (Barcelona 2011) 255.

20 "El hombre puede libremente elegir cuál es la libertad que prefiere: la de un puro origen a partir de sí mismo, con lo que soporta no tener razón suficiente ni objetivo satisfactorio para esta libertad autogobernable y por ello tiene que conformarse con el disfrute de su autonomía; o la de la actitud de agradecimiento continuo por el propio ser dirigido a la libertad absoluta, la cual ya desde siempre ha abierto a la finita el espacio en el que pueda realizarse a sí misma" (H. U. VON BALTHASAR [Madrid 1993] 42).

21 Cf. E. STEIN, *Obras completas IV. Escritos antropológicos y pedagógicos* (Burgos 2003) 574.

22 *Ibid.*, 564-569.

un plan amoroso de Dios empiece por enseñar la narrativa de la propia vida en clave de la acción amorosa y providente de Dios con cada persona. Con un sentido relacional de *llamada y respuesta*. La multidimensionalidad de la persona llamada a lograr una unidad que configura el “Yo” por el espíritu, no es evidente, pero sin esa totalidad del ser es imposible entender la verdadera identidad personal.

Al nacer, el sujeto está inserto dentro de una realidad objetual (mundo) al que progresivamente va abriéndose a través de las relaciones. En primer lugar, de forma sensitiva y motora, después a través de las preoperaciones mentales.

El mundo de las relaciones incluye todo un proceso continuo que parte de los objetos, camina entre los sujetos y se abre a Dios.

Hacia los cinco o seis años de vida el mundo relacional se amplía con el *mundo* de las *acciones*, porque en la persona aparece la conciencia de un “Yo activo”, que no sólo conoce lo que le rodea, sino que descubre el efecto transformador que tienen sus obras. Es precisamente en ese momento cuando podemos introducir a la persona dentro de un plan amoroso de Dios para con él. Porque el niño es capaz de preguntarse: ¿Por qué existo? ¿Quién soy? ¿Por qué hay un mundo?, buscando un referente de sentido.

2. LA VIDA COMO PROYECTO

El niño que se pregunta es capaz de vivir la vida como un proyecto personal y dentro de un contexto concreto. Proyectar *supone* poner el sentido de la vida fuera del propio yo; *exige* encontrar alguien que ilumine la dirección y *saber* dónde está el destino.

Estos tres elementos pueden resultar esenciales a la hora de ayudar a comprender y vivir la importancia de la escatología en la vida cristiana, como un proyecto de plenitud para el hombre y para toda la creación. Mostrar un plan puede evitar la visión tradicional que carga el futuro de incertidumbre y miedo, poniendo la escatología en un contexto de creación y salvación.

a. Sentido de la vida fuera del propio yo

Hay que iniciar al niño en un proyecto de vida que alcanza su plenitud más allá de su yo. Un plan que presupone la acogida agradecida a la revelación de Dios.

Que enseña que Dios, en su amor benevolente y comunicativo, creó al hombre para hacerle partícipe de su gloria y de su amor. Dios y el niño no son ajenos. Su relación no es un invento ni un deseo, sino una realidad desde el origen.

El niño y el joven van descubriendo poco a poco su autonomía personal, que debe entenderse no sólo como autonomía limitada, sino referida a una persona con mayúscula, así como a un proyecto que precede la existencia, al que voluntariamente hay que vincularse. El sentido de la vida es la plenitud. Plenitud que nos viene dada gratuitamente, porque Dios quiere entrar en comunión con el hombre dándole su amor.

No se trata de un proyecto mediocre que abarca un aspecto concreto ni un momento específico de la vida. Se trata de un plan total que invade toda la persona y supera todos los tiempos.

b. Alguien que ilumina la dirección

Jesucristo, centro de la historia (Ef 1,4) es la salvación en persona. La creación ha sido hecha para la glorificación de todo el género humano, mediante la participación en la humanidad de Cristo glorificada en su Resurrección. Por eso, es importante mostrar al Hijo primogénito como camino y referente, que no sólo nos rescata liberándonos del pecado, sino que nos muestra la voluntad salvífica del Padre.

c. Saber dónde está el destino

Nuestras catequesis han de marcar un camino iniciado en un primer acto con la creación (comienzo de la historia de la salvación), destinada desde el origen a ser plenificada al final de los tiempos. Una senda continua que se visibiliza en la Parusía. De la Creación a la Parusía se muestra un itinerario, en el que está inserta la vida personal de manera evolutiva.

3. LOS LÍMITES DEL PENSAMIENTO

Entendida la vida como proceso y proyecto, falta hacer una aclaración en torno al papel que juega el pensamiento como limitante o facilitador para la transmisión de estas verdades.

a. Dentro del pensamiento mágico

La primera etapa de nuestra vida, a partir de los dos años, en los que se logra la autonomía y el lenguaje, la religiosidad se expresa fundamentalmente con dos claves: las *actitudes religiosas* y el *mundo simbólico*.

Ambas realidades son muy importantes al hablar de realidades últimas. El asombro, el estupor o el temor, son rasgos que aparecen innatos en los pequeños, al descubrir la realidad que les rodea. El asombro ante la vida con el crecimiento de una planta, o la muerte de la misma por falta de cuidado, nos pueden servir para referirnos a estas verdades (muerte y vida). Para que estas actitudes se susciten, es necesario que el niño esté en un clima de seguridad y confianza, donde se ofrezcan rutinas dentro de la actividad diaria que él realiza y se eviten los miedos.

Los símbolos, si se usan, deben ser en relación a su mundo de objetos conocido, porque, de no ser así, provocan recelo y desconfianza.

Por tanto, es posible, por extraño que parezca, trabajar con los más pequeños estos aspectos, especialmente si se revisten de un clima cálido, donde se exprese la ternura y el amor.

En esos momentos su pensamiento es mágico y fantástico, por lo que las verdades últimas, que siempre desconciertan por su referencia al espacio y al tiempo, no son para los niños nunca un problema. Un pequeño puede entender, a su modo, la resurrección o la muerte, porque el cuerpo no supone ningún problema limitante en su forma de conocer. Un muerto puede atravesar sin problema una pared o venir a comer con nosotros para celebrar un cumpleaños.

La realidad de la vida y la muerte es comprendida por el niño en función de los propios intereses y necesidades, desde su subjetividad no siempre coincidente con la realidad.

Lo que no alcanza a comprender el niño son los “estados” porque, en su forma de pensamiento, es imposible entender los estados de transformación. Este es el aspecto más limitante al trabajar en estos momentos la escatología. No es posible entender para un niño el cielo como un estado de comunión con Dios, resultado de su opción libre por la salvación. Para él es posible entender la comunión con Dios como “acto” de amor que se da en un espacio concreto, aunque éste tenga rasgos fantásticos que no respondan a las imágenes presentadas en la tradición.

b. Una forma de pensar sujeta a lo concreto

A partir de los cinco o los seis años, la aparición de operaciones mentales como la conservación o la reversibilidad del pensamiento, pero especialmente el egocentrismo cognitivo y la conciencia del yo, despiertan una actitud muy diferente respecto a cuestiones como la muerte, el sufrimiento o el infierno.

No es extraño encontrar a un pequeño de esa edad preguntar, con angustia, a su madre o padre si ellos también van a morir. El niño experimenta por primera vez su indigencia, manifestada como pequeñez frente a la realidad. La experiencia de caducidad entra en su vida de forma indirecta a través de acontecimientos más o menos cercanos.

Acaba de hacer su aparición el pensamiento sujeto a lo concreto, que se circunscribe en la realidad más próxima y que tiene siempre referencias de espacio y tiempo, causa y efecto. En las cuestiones últimas, son precisamente estas coordenadas las que reclaman con más intensidad la fe.

Se trata de un momento bueno para transmitir las verdades últimas dentro de un proyecto amoroso de Dios con los hombres y con la creación. La curiosidad histórica es un dato muy significativo para estos niños, porque aumenta significativamente su memoria y su capacidad de evocación.

Aprovechando estos rasgos es posible mostrar a los niños estas verdades dentro del referente bíblico como la historia salvadora de un pueblo y en la línea de la promesa de salvación y cumplimiento. No es posible servirse de pasajes bíblicos que supongan una abstracción, sino dentro de las experiencias de la vida cotidiana.

c. Las realidades últimas y la lógica del pensamiento

Por último, nos encontramos con momentos psicoevolutivos en los que se ha logrado la universalización del pensamiento y es posible, dentro del misterio, comprender de forma razonada, la doctrina de la Iglesia.

El único inconveniente desde el pensamiento que puede presentarse, es el uso reduccionista de la razón, que piensa solo en claves científicas.

La preadolescencia da paso a un trabajo serio sobre la escatología entendida como una relación amorosa de Dios con cada uno de los hombres. Es posible entender la acción salvífica de Dios en la historia. Sin embargo, en estos momentos es importante contar con otro aspecto condicionante: el

mundo afectivo del joven. Su dimensión afectiva se abre a una relación de personalización con Dios y a una vivencia comunitaria con los otros.

Es clave introducir la acción salvífica en consonancia con el Nuevo Testamento, manifestando la importancia del Reino y el valor de una vida vivida como hombre nuevo. Proponer un modelo de vida resulta atrayente en un momento de confusión y cambio, en el que se sienten excesivas decepciones por parte del adulto y de los iguales. Mostrar la belleza del Reino y el cumplimiento hecho vida en la persona de Jesús permite aceptar el “ya”, pero “todavía no”, que está envuelto siempre en misterio.

Existe también un cierto peligro en estos momentos en los que el pensamiento hipotético deductivo puede llevar al joven a buscar exclusivamente respuestas intelectuales, como ofertas de sentido entre las que se puede elegir. Esta es la causa principal por la cual muchos de nuestros jóvenes, aun confesándose creyentes, aceptan la reencarnación como respuesta de vida.

Los planteamientos, ahora totalmente lógicos, ponen en evidencia cuestiones referidas a la unión del cuerpo y el alma, o al espacio y al tiempo, en relación a la nueva forma de vida tras la muerte.

III. EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO

Desde un punto de vista pedagógico, el espacio y el tiempo son dos coordenadas esenciales de gran trascendencia en la escatología. Ambas constituyen el encofrado sobre el que se asientan las experiencias de la vida y la unidad narrativa de nuestra historia personal²³.

Hablando de vocación cristiana, espacio y tiempo son otra cosa diferente. Son los elementos imprescindibles para entender la vida como una llamada a realizar la propia existencia y como una invitación a dejar surgir la nueva existencia donada²⁴. No son simplemente una planificación proyectada de deseos que se encierra en sí misma, sino una novedad que viene de Dios. Sin embargo, este hallazgo no es una evidencia y requiere ser formado.

23 Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión. Escatología cristiana* (Bilbao 1986) 17-30.

24 Cf. A. SICARI, *Llamados por su nombre. La vocación en la escritura* (Madrid 1980) 177-189.

Entender la vida en una historia lineal y progresiva es algo que procede de la tradición judeocristiana, al interpretar la promesa de Dios con su pueblo de generación en generación. Esta visión aboca a la plenitud y no tiene vuelta atrás. Es cuestión de futuro, pero no de un futuro como temporalidad en la estructura de la realidad intramundana, sino como encuentro con algo absolutamente último y plenificador.

Ahora bien, el niño y el joven necesitan entender el espacio y el tiempo no sólo dentro de un proyecto divino, sino como soporte de su experiencia cotidiana individual y grupal. De ahí que nos encontremos con la necesidad de interpretar el espacio y el tiempo con más de un sentido: físico, histórico, afectivo, relacional y de plenitud.

Veamos cómo esto evoluciona en los distintos momentos de la vida y cómo se pone en relación con el pasado, presente y futuro o el cielo, el infierno y el purgatorio. En los primeros años de la vida, la referencia temporal y espacial está sujeta al mundo de las percepciones más próximas y se asienta sólo en el presente, aunque es cierto que para el más pequeño, espacio y tiempo se organizan en función de sus intereses.

El tiempo tiene una dimensión afectiva que no responde a la realidad externa, sino a criterios de subjetividad. Lo mismo ocurre con el espacio, representado en función de su propio cuerpo o de las funciones diarias que él realiza. Ambas coordenadas son interpretadas de forma reductiva por su personalidad y llegan a ser comprensibles en función de las experiencias gratificantes. El niño puede pensar sin problema en el cielo como un espacio perfecto donde se cumplen sus deseos. Es posible que lo entienda como algo compartido con los que quiere o con los que son de su agrado y por supuesto con Dios, los ángeles y los santos que se ponen a su servicio.

Un poco más adelante la introducción del tiempo físico permite conocer acontecimientos referidos al origen y al fin, siendo así posible entender aspectos como la creación o el final de los tiempos, aunque aún perdura la influencia de las vivencias personales. Es posible entender el tiempo como una sucesión consecutiva de acontecimientos subjetivos.

Por último, ambos aspectos adquieren un sentido histórico que mantiene la unidad a pesar de los cambios y que se lee en clave de tradición o de transmisión. Es entonces posible manejar el pasado, presente y futuro entendido con un sentido de la vida hacia una dirección concreta. Cielo, infierno, purgatorio pueden ser entendidos como “estados” de salvación o de

condenación sólo cuando se comprenden los procesos y la relación de estos con la responsabilidad y la libertad. La historia es el tiempo vivido por la libertad personal o de los otros, en los que cabe ya una referencia comunitaria. Es algo imprevisible, donde interviene la libertad creadora y la acción amorosa del Creador.

Mirar hacia el futuro implica, como dice el Papa Francisco: “Volver a ponernos en el camino sin despegar los pies de la tierra, para no perder el rumbo hacia el cielo, donde la esperanza revela su verdadero sentido. Porque si bien su objeto es Dios, lo es en relación con el itinerario del hombre hacia Él. Y, por tanto, recorre con nosotros todo el camino, desde la cuna hacia la tumba y la gloria”²⁵. Pero mirar al futuro supone también vivir con esperanza.

Es posible que el joven, e incluso el niño de la infancia adulta, comprenda la vivencia cristiana de futuro como esperanza. Para ello, hay que cambiar de registro, no guiándose sólo del criterio evolutivo, sino de la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios contiene una promesa que garantiza el futuro humano como absoluto y plenificador. La revelación nos descubre una intervención salvífica de Dios que es acogida y vivida como esperanza. El tiempo no es vivido exclusivamente como expectación preocupante, sino como confiada certidumbre del creyente que se pone en las manos de Dios.

Las circunstancias sociales dificultan esta visión del tiempo, porque en una sociedad tecnificada y moderna, radiante de inmediatez, el futuro se entiende como cumplimiento efímero de los deseos, que causan una sensación insaciable de nuevos cambios que no llevan a ninguna parte. La espera paciente y confiada se convierte en algo dificultoso cuando las expectativas son de corto alcance por su sentido puramente inmanente. En este sentido el Papa Francisco invita a los educadores a orientar las pequeñas esperanzas juveniles hacia la gran Esperanza hecha ya promesa en Jesucristo.

IV. LA REALIDAD CORPORAL

La unidad intrínseca corpórea-espiritual del ser humano es una limitación que se convierte en la etapa juvenil en verdadera expectativa. La

25 J. M. BERGOGLIO, *Educar: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos* (Madrid 2013) 46.

primera infancia ciñe la identidad personal exclusivamente al descubrimiento del cuerpo como realidad personal y hace girar todo en su derredor con criterios como “dentro” y “fuera” de la persona.

La aparición de la conciencia y el reconocimiento de la acción y el pensamiento como constitutivo de la persona conllevan una apertura mayor al descubrimiento de la singularidad como algo original y único, donde cuerpo y alma están intrínsecamente implicados. La permanencia del Yo, a pesar de los cambios, permite identificarse como el mismo sujeto siempre, llegando a entender que esa identidad es transcorpórea.

Sin embargo, no es tan fácil, como no lo ha sido a lo largo de la historia, poder explicar esta unidad substancial tras la muerte. Para muchos jóvenes, llenos de curiosidad, la muerte se convierte en un enigma en el que se enfrentan la lógica racional y la revelación.

Los argumentos racionales son insuficientes y les llevan, en no pocas ocasiones, a respuestas más comprensibles, si se atiende a criterios explicativos como es el caso de la reencarnación. El miedo a la desaparición tras la muerte y la incertidumbre del vacío les hace agarrarse a soluciones que implican persistencia, aunque esta sea degradante, o bien, vincularse a razones que ellos puedan moralmente controlar.

El joven necesita descubrir el sentido de gratuidad para consolidar su confianza, no sólo en la libertad, sino en la acción amorosa de Dios.

V. LAS CLAVES DEL CONTENIDO

Los contenidos teológicos referidos a la escatología suscitan el interés²⁶ de jóvenes y niños, a pesar de que los adultos, dispuestos a evitarles cualquier sufrimiento, hagan desaparecer de su horizonte estas verdades. Los adultos, como afirmara Martín Descalzo²⁷, se convierten en plañideras que no pueden invitar a conquistas en las que no creen. El presentismo actual echa en el olvido

26 BENEDICTO XVI, *Prólogo del Youcat* (Madrid 2012) y *Jesús de Nazaret* (Madrid 2007) 69: “Algunas personas me dicen que a los jóvenes de hoy no les interesa esto. Yo no estoy de acuerdo y estoy seguro de tener razón. Los jóvenes de hoy no son tan superficiales como se dice de ellos. Quieren saber qué es lo verdaderamente importante en la vida.”

27 Cf. J. L. MARTÍN DESCALZO, *Razones para la esperanza* (Madrid 1991) 261.

cuestiones fundamentales para el sentido de la vida, dejando al joven sumido en su asfixiante inmanencia.

En la transmisión de la fe es urgente arrostrar esta tarea creando un clima educativo que evite los extremos, tanto el rechazo huidizo como la curiosidad morbosa. Quizás pueda servirnos, como referencia, que las nociones escatológicas deben presentarse sistemáticamente, sin entrar primero de lleno en la exposición intelectual de aspectos doctrinales. Es importante mostrarlas dentro de un itinerario catequético, en el que el acompañamiento espiritual desvela una invitación amorosa de Dios que sale al encuentro del hombre.

- La escatología y sus contenidos se comprenden en clave de amor y no de temor.
- Dios ama al hombre y sale a su encuentro con un plan salvífico que le lleva a la plenitud.
- La acción salvadora comienza con un acto creador y culmina en una nueva creación. Es un proceso continuo.
- La salvación no sólo afecta al hombre, sino a toda la creación. La esperanza cristiana no es simple promesa ultramundana, sino que se vive en la historia como cumplimiento inaugurado por Jesucristo. “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15; cf. Mt 4,17).
- El Reino de Dios es presencia de la obra salvadora de Dios. Supone un cambio de vida, e invita a vivir progresivamente como hombre nuevo, hombre de espíritu. Esta llamada es universal y no se dirige específicamente a un tipo determinado de hombres.

Bajo este substrato profundo cabe hablar de la escatología partiendo de la esperanza cristiana, la “niña esperanza”, como la nombra el Papa Francisco²⁸, vinculada a las hermanas mayores, la fe y la caridad. Cabe hacerlo siguiendo el Credo, como forma de expresión de la fe de la Iglesia, pero también según

28 J. M. BERGOGLIO, *Educación: exigencia y pasión*, 207: “Es a ustedes, queridos educadores, a quienes invito de modo apremiante y renovado a volver el rostro a la ‘niña esperanza’, a esa pequeña virtud que parece arrastrar hacia adelante, en su humilde persistencia y en su actuar casi como una ‘nada’, a sus hermanas mayores, la fe y la caridad. La pequeña esperanza avanza entre sus dos hermanas mayores y no se la toma en cuenta. Pero sólo ella es la que siempre comienza, porque es infatigable como los niños”.

la estructura tradicional de la escatología bíblica o sistemática, diferenciando la escatología individual y la colectiva.

1. LA MUERTE

La muerte, hoy más que nunca, vive la paradoja de ser lo más trivial y lo más temido a la vez. Mientras los medios de comunicación la ponen en evidencia, todo el mundo la teme y evita hablar de ella. En el pensamiento de cualquier joven están recogidas todas sus características; es un hecho universal y decisivo, que abarca toda la vida del hombre, aunque saber sus rasgos no implica darles un sentido cristiano.

El hombre tiene miedo y angustia de la muerte. La figura de san Pablo puede ayudarnos a cambiar esa visión de la muerte, si en vez de vincularla, como hace la Escritura, al pecado (cf. Sb 1,13; 2,23; Rm 5,12.21; St 1,15; etc.), lo hacemos al hombre nuevo.

Pablo afirma: “Para mí la vida es Cristo y el morir, una ganancia. Pero, si el vivir en el cuerpo significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger (...). Me siento apremiado por ambos extremos. Por un lado, mi deseo es partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; más, por otro, quedarme en el cuerpo es más necesario para vosotros” (Flp 1,21); el apóstol escapa del miedo a la muerte porque ha empezado a vivir una vida nueva gracias al Espíritu Santo. El cambio en su vida comienza con el *encuentro personal* con Jesucristo Resucitado.

Jesucristo muere por todos los hombres (cf. Mt 20,28; Mc 10,45; Lc 22,27); de tal manera que ha conseguido para el hombre la salvación del pecado y de su principal consecuencia: la muerte.

La vida nueva en Cristo comienza con la escucha del kerigma que anuncia un acontecimiento: el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado. El que cree en este anuncio se encuentra con Cristo, el que lo acepta en su vida muere y resucita con él, hecho que se actualiza en cada persona el día de su bautismo.

La verdadera muerte es vivir en el no-amor; vivir en el amor cristiano es estar ya resucitado. Y el día de la Parusía se cumplirá lo dicho por san Pablo: “El último enemigo en ser destruido será la muerte” (1Co 15,26).

2. LA PARUSÍA, LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS Y LA VIDA ETERNA

Existe, en general, un desconocimiento por parte de los jóvenes de la segunda venida de Jesús. El juicio final y la parusía se entienden desde una clave tremendista y asociados a realidades destructivas.

La visión cristiana del fin del mundo se aleja de esta realidad. Dice el Señor: “Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza se acerca vuestra liberación” (Lc 21,28). Los cristianos esperamos a *alguien que amamos* y, por eso, lo hacemos sin miedo. El fin del mundo es el día de la instauración definitiva del reinado de Dios en el que se ha empezado a vivir desde el bautismo.

Es importante vincular la segunda venida con una continuidad en el estilo de vida elegido, no como algo extraño, sino como algo anhelado por el hombre porque da plenitud a lo que ya le es conocido. El día de la resurrección de los muertos es la verdadera liberación de los lazos de la muerte, el día definitivo y pleno, comienzo de la vida eterna.

El comienzo de este cambio se da con un acontecimiento, el juicio. Una palabra asociada al mecanismo retributivo en el mundo. Hay que enseñar al niño que el juicio de Dios no es algo meramente retributivo.

Podemos servirnos de la fuente bíblica para mostrar el sentido de la justicia de Dios referido a su bondad. El día del Juicio es el día en que brillará la bondad de Dios. El evangelista Juan nos muestra la diferencia entre la justicia humana y divina: “Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie” (Jn 8,15). “Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado, porque ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios” (Jn 3,17). “Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos” (Jn 9,39). “Porque, como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere... En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,21-24). Esta palabra invita a la acogida y a la esperanza.

Es importante enseñar que en el día del juicio no es Dios quien condenará, sino que se verá la opción que cada uno tomó aquí en el mundo. Al igual que aquí, será el hombre quien decida estar sin Dios o acogerse a su misericordia. La verdadera ley es la de la libertad.

Sí, Dios es amor (cf. 1 Jn 4,8) y es misericordia (cf. Ex 34,6). Ambos, el amor y la misericordia brillarán en el día del Juicio. Cada uno, tendrá un juicio solo en este sentido. Primero, un juicio particular (cf. Mt 16,27; 20,1; 25, 14; Lc 12,12; 16,19-31; 23,43), que será inmediatamente después de su muerte, verdadero fin del mundo para cada uno; y, al final de la historia humana, el juicio universal (cf. Mt 13,30; 24,31; 25,31; Jn 5,28; 12,47-50), donde se ratificará lo decidido en el juicio particular. Los que no aceptaron su misericordia aquí no la aceptarán entonces y se condenarán. Para los que sí lo hicieron comenzará el reinado definitivo de Dios en donde ya no habrá muerte, ni llanto, ni sufrimiento, sino que los que estén con Él comenzarán a vivir el día feliz sin ocaso.

3. EN EL TRÍPODE DE LA ESPERANZA: CIELO, INFIERNO Y PURGATORIO

“La voluntad de Dios es que todos se salven” (1 Tm 2,3-4). Todos nosotros hemos sido creados por Dios *por amor, en el amor y para el amor*. Hemos sido creados para el cielo. Venimos de Dios y vamos hacia Dios.

El *cielo* consiste en vivir con Jesucristo, compartiendo nuestra vida con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. La felicidad no la da un “lugar”, ni la satisfacción de los placeres, sino el estar con el Señor. Para entender dicha realidad es conveniente detenerse en la carta de Pablo: “Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión. Estamos, pues, llenos de buen ánimo y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor. Por eso, bien en nuestro cuerpo, bien fuera de él, nos afanamos por agradarle. Porque es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal” (2 Cor 5,6.10).

El *infierno* para el mundo contemporáneo no existe y los jóvenes de este tiempo afirman dicha postura. Ya Pablo VI advirtió del éxito del demonio en nuestra sociedad por haber hecho creer al hombre que ni él ni el infierno existen.

La realidad del infierno se atestigua tanto en la Escritura (1 P 9,18; Sal 6,6) como en el Magisterio de la Iglesia. No se trata de un castigo infligido

desde el exterior²⁹, sino del desarrollo de las premisas con las que la persona ha elegido vivir en el mundo. El hombre llamado por Dios a vivir en comunión con Él puede responderle en la libertad rechazando su amor. El infierno es vivir para uno mismo. Quien vive en un egoísmo profundo queriendo que todo gire alrededor suyo, comienza ya a vivir el infierno. Es importante considerar que el mundo individualista del joven conlleva esta experiencia de egoísmo en la vida; consecuentemente, vamos a encontrar resistencia a aceptar la doctrina que contradice dicha experiencia.

El joven necesita conocer el sentido teológico del infierno vinculado a la consecuencia del pecado y no sólo a una experiencia psicológica. Es una situación que procede del rechazo (opción libre) a la misericordia del Padre, incluso en el último instante de la vida. Puede ayudar el trabajo con el lenguaje simbólico y el mundo de las imágenes, pero teniendo en cuenta que no es la clave fundamental, a pesar de que los niños y jóvenes posean esa imagen tremenda mostrada por los medios de comunicación. Ellos suelen sentir cierto atractivo (curiosidad histórica) que evade la responsabilidad real de dar una respuesta a la oferta salvadora de Dios.

Es oportuno clarificar que la redención es un ofrecimiento de salvación que necesita ser acogido con libertad. Mostrar la importancia de las obras –“ser juzgado de acuerdo a sus obras” (Ap 20,13)– responsabiliza esa tarea que se vive en primera persona. Es fácil que el joven delegue esa responsabilidad evadiendo su compromiso y “disolviéndolo” en la misericordia de Dios. Es preciso mostrar, como afirma Juan Pablo II³⁰, el estado de completa frustración y la vaciedad de la vida sin Dios. Ya que por su situación afectiva, en esta etapa de crisis adolescente, entiende con facilidad la idea de aislamiento y soledad, pero la puede confundir, ya que en su vida real este sentimiento se confunde entre las vivencias de grupo y su vida de intimidad.

El término purgatorio podemos entenderlo desde las claves del Catecismo de la Iglesia católica. “Para cuantos se encuentran en la condición de apertura a Dios, pero de un modo imperfecto, el camino hacia la bienaventuranza plena requiere una purificación, que la fe de la Iglesia ilustra mediante la doctrina del ‘purgatorio’” (cf. CEC 1030-1032).

29 Cf. JUAN PABLO II, “*El infierno como rechazo de Dios*”: Audiencia General (28 de julio de 1999).

30 *Ibid.*

El AT nos ha acostumbrado a comprender que lo destinado a Dios ha de ser perfecto. Por eso, el hombre necesita amar a Dios con todo el ser, con todas sus obras y con toda la pureza del corazón (Cf. Dt 10,12). Esta exigencia de integridad se impone después de la muerte para entrar en la comunión perfecta y definitiva con Dios.

En este sentido, el purgatorio es la purificación de la persona en cuanto a aquello que no había quedado purificado durante la vida. Supone lo que se purifica después de la muerte.

Hay una doble preocupación en los jóvenes: por una parte, la dificultad para entender que se trata de un estado de salvación y, por otra, la complejidad para interpretar el tiempo de permanencia en el purgatorio, entendiéndolo que es transitorio y no es eterno, a pesar de la imposibilidad de las obras. Es oportuno insistir en que se trata de una purificación completa en el amor. La purificación es, pues, ansia de querer ver el mismo rostro de Dios.

VI. CONCLUSIÓN

Juan Pablo II sirvió a la Iglesia ofreciendo durante un número determinado de catequesis un itinerario de formación aprovechable para niños, jóvenes y adultos. En este proceso situó la escatología como camino de la humanidad hacia el Padre. Al igual que en el *Éxodo* la mano prodigiosa de Dios se ve siempre acompañando al pueblo, en el caminar de la vida del cristiano se revela también su presencia y su acción salvífica con el hombre.

La escatología puede explicarse a los más pequeños en clave de viaje con las mejores garantías, la mejor de las agencias. Desde el compromiso amoroso de Dios con el hombre y desde la responsabilidad gozosa del hombre libre que se siente llamado por Dios, es decir, como vocación.